

# EL DIOS PROGRESO PIDE SANGRE

FERNANDO MIGUEL DURÁN FERNÁNDEZ

DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA, IES ESCULTOR DANIEL, LOGROÑO

fernandochicken@hotmail.com

**RESUMEN.** El dios Progreso pide sangre, dentro de una sociedad politeísta comparte olimpo con colegas como Futuro, Historia, Bienestar, Tecnología... ellos controlan el presente, sus secuaces son héroes mitológicos muy actuales como Violencia, Imagen, Sexo, Riqueza, Poder... éstos son los verdaderos “ideales” o “valores” de la cultura de la imagen, la era doméstica, el señorío de la pereza, el proyecto cibernético. Ellos serán los encargados de elegir las víctimas. El sacrificio es aparentemente voluntario, pero, ¿puede un sacrificio ser voluntario? Hoy día, después incluso de una segunda revolución industrial, la revolución cibernética automatiza las fábricas creando una cifras de paro espectaculares; para mantener empleados a los trabajadores desplazados por la mecanización computerizada el actual sistema económico adopta la posición absurda de crear nuevos artículos superfluos e inútiles, modas absurdas que se abandonan en cuanto llega la siguiente. La solución no está en echar más leña al fogón (que por cierto, ya amenaza con calentarse demasiado) sino en optimizar el calor resultante mediante una mejor redistribución y aprovechamiento del mismo, sin acelerar el proceso industrial suicida (mediante un eficiente sistema fiscal redistributivo). Se trata de castigar el consumo conspicuo y la ignorancia supina.

**ABSTRACT.** The god Progress ask for blood, in a politeism society he share the Olimpo with friends like future, history, wellness, technology... they control the present, their warriors are current and mithologic heros like violence, image, sex, richness, power... these are the real “ideals “ or “values“ of the image culture, the domestic age, the lordness of idleness, The cybernetic project. They are the agents who choose the victims. The sacrifice seems voluntary, but, can a sacrifice be voluntary? Nowadays, after even the second industrial

revolution, the cybernetic revolution created a huge unemployed numbers; to keep employed the workers because of the computer the current economic system take the ridiculous position of creating new completely useless items, stupid fashions that finish when nextone stars. The solution is not to throw more wood on to the fire (even if threats to burn too much) but to optimize the heat as a result giving a better distribution of the energy and sharing it, without accelerating the suicidal tendency of the industry (with an efficient shared tax system). The point is to punish the crazy consum and the deep ignorance.

*El futuro no es de los débiles, sino de los valientes.*

Ronald Reagan, declaraciones acerca del desastre del 'Challenger'.

El dios Progreso pide sangre, dentro de una sociedad politeísta comparte olimpo con colegas como Futuro, Historia, Bienestar, Tecnología... ellos controlan el presente, sus secuaces son héroes mitológicos muy actuales como Violencia, Imagen, Sexo, Riqueza, Poder... estos son los verdaderos "ideales" o "valores" de la cultura de la imagen, la era doméstica, el señorío de la pereza, el proyecto cibernético. Ellos serán los encargados de elegir las víctimas. El sacrificio es aparentemente voluntario, pero, ¿puede un sacrificio ser voluntario?

Como bien vislumbra Rafael Sánchez Ferlosio en *Mientras no cambien los dioses, nada ha cambiado*, Ronald Reagan supo, con gran habilidad, "reducir el dolor nacional y convertirlo en un sentimiento rentable" (Ferlosio, 1986, p. 15). La catástrofe del *Challenger* era el precio que había que pagar para ser el país número uno. El sacrificio era necesario y la sangre, lejos de poner en evidencia algunos dioses-mito como Progreso o Futuro, significaba la propia fundamentación del dios- causa. La muerte adujo convicción, generosidad y certidumbre, "nunca los muertos empañaron la gloria de una guerra ni deslucieron el esplendor de una batalla, sino que la sangre fue siempre su guirnalda más hermosa y embriagadora" (Ferlosio, 1986, p. 17); incluso cuando era difícil discernir el origen o motivo de un conflicto o catástrofe, sólo que algunos semejantes hubieran muerto habilitaba para continuar con los sacrificios hasta el final; era el aval sagrado.

La consagración de la muerte, o sea, su conversión en sacrificio, inserta al accidente en una función de intercambio, le hace jugar en ella un papel determinado; y esta asignación de papel se le hace equivalente a una toma de sentido. "El sentido le quita al accidente su propia condición definitoria: su gratuidad absoluta, su facticidad irreductible" (Ferlosio, 1986, p. 24). El accidente

es así rescatado de la contingencia (con lo que deja de ser propiamente un accidente) y transferido a la necesidad, racionalizado, modernizado, institucionalizado. Cualquier excusa es válida si funciona, éste y no otro es su valor.

El desafío (*challenge*: desafío, reto) bien merecía el intento. El espíritu deportivo de la carrera espacial se plasmaba en un fin en sí mismo. Los fallecidos no pasaron de ser medios para otros fines, en este caso fines divinos, endiosados, engreídos. Desde la Casa Blanca se miraba al cielo, se esperaban órdenes, había carne de sobra, fresca y subyugada, lo suficientemente alienada como para meterse en el altar por sí misma y rebanarse el cuello con placer. Cualquier valor que superpone lo terrenal es una superstición, normalmente disfrazada de un bien superior, “las causas profanas han heredado así los vicios de los dioses” (Ferlosio, 1986, p. 19), una deidad (religiosa o atea, es indiferente) que dispone de las vidas de los demás. Normalmente son sacrificados los menos pudientes, pero la maldita Apariencia y una buena dosis de profunda Ignorancia pueden inmolar a cualquiera, y es indiferente si lo que se busca es honor, fama o el cielo redentor.

No en vano dijeron los conquistadores españoles que los indígenas no valían para enaltecer a dios (¿cuál de ellos?), que en vez de embarcarse como hombres en barcos balleneros y dirigirse a ultramar, se contentaban con cuatro plátanos y una guitarra de coco (se referían a los mejicanos de la post-colonización), que serían castigados por dios en la tierra (y así fue, más o menos) y que la falta de sacrificio o de avaricia se tornaría en muerte y desolación.

Dejando a un lado otras consideraciones o explicaciones surrealistas como las explicaciones religiosas o las míticas, y acudiendo al corazón mismo del asunto, “Lo que los españoles concibieron como una diferencia de edad filogenética entre ellos mismos y los nuevos pueblos conocidos era, de dar por válidas las apreciaciones de Polanyi, una diferencia de inserción de lo económico en la vida social de los unos y los otros y, en consecuencia, una diferente configuración tanto del tiempo como del individuo” (Ferlosio, 1986, p. 67). Independientemente de que se sirviera al dios cristiano o al dios Progreso (más profundo y contemporáneo) vemos que las consecuencias son las mismas. El resultado es la hipoteca de la vida particular en aras de una supuesta empresa común que requiere tiempo y sacrificio, es decir, vida. Sin embargo, a este dios tan versátil (el Progreso), que reúne en la identidad de su divinidad tanto al cavernícola descubridor del fuego como al astronauta que pone el pie en la luna (los astromínidos...), de cierto hay que reconocerle las comodidades del sistema de vida actual, pero cuando lanza a sus héroes mitológicos en busca de ‘carnaza’ y en pos de un bien superior, se convierte en justo lo contrario de lo que le dio origen.

“No es ninguna casualidad el hecho de que no solo las religiones sino también las ideologías nacionalistas, colectivistas o identitarias que, desde hace un par de siglos, han venido tan a menudo a reemplazarlas, hayan llegado a dar tanto relieve a la noción de sacrificio” (Ferlosio, 1986, p. 69); en el sentido de Fontaine, el ‘prix du sang’, requiere su escaño en el Olimpo, bien sea por medio de la religión o de una ideología agnóstica popular, ambas coinciden en el vivir y el devenir humanos supeditados a esa clase particular de relaciones de intercambio en que consiste el sacrificio.

En la raíz de la organización espacial del mundo (mapa político y cultural) está la Violencia como árbitro. El alma atormentada de Ciorán no le nubla para distinguir la semejanza entre ideales, ídolos y dioses: “No se mata más que en nombre de un dios o de sus sucedáneos: los excesos suscitados por la diosa Razón, por la idea de nación, de clase o de raza, son parientes de los de la Inquisición o la Reforma. Las épocas de fervor sobresalen en hazañas sanguinarias” (Ciorán, 1991, p. 14). Para este autor visionario, el principio del mal reside en la ‘megalomanía prometeica’ de una raza, pueblo o sociedad que revienta de ideal, que se interna en la vía de la perdición, en la historia, esa mezcla indecente de banalidad y apocalipsis. Los pueblos no pueden ser más que producto de la espada (realmente surgen en el acto posterior de envainarla como consenso entre vencedores y vencidos), a más sangre derramada, naciones e imperios más gran-diosos, rindiendo (o rindiéndose) homenaje a cualquier tipo de dios-valor-ideal que superpone lo terrenal en detrimento de las víctimas hacia lo celestial y divino o, y bien lo vio Platón, hacia lo ideal, que es lo mismo.

No es el dios el que demanda el sacrificio, sino que es, por el contrario, el sacrificio el que postula al dios, puesto que “nunca es la causa la que se esgrime para justificar el sacrificio, sino la sangre derramada lo que, en un acto de superstición, justifica la propia causa” (Ciorán, 1991, p. 38). La sangre, por tanto, postula el motivo, y el sacrificio recrea la patria; los damnificados, haciéndola acreedora, pasan a formar parte de tal divinidad; los sacrificados son ya la patria misma, la historia de la patria no es sino la historia de sus sacrificios. Mas si la patria es creada por los sacrificios, y los sacrificios son justificados por la patria (unidos mediante una relación mítica), ¿qué los justifica a ambos?

Sustento aparte merece el templo de la Historia Universal, con sus múltiples devotos, que surge como una respuesta o reforma a los valores dominantes y que, casi sin darse cuenta, termina rindiendo pleitesía al mismo dios con otra toga, el que justifica el sacrificio y el sufrimiento, el que hipoteca a los débiles, el que cruza nacionalismo y socialismo como si fueran dos ejes de la misma madre patria; “sospecho que esa dorada aureola de ‘grandeza’ que deja tan

boquiabiertos a los espectadores de un imperio, no se refiere, en el fondo, a su presente actualidad de informe y gigantesco monstruo antediluviano, sino a su todavía no apagado resplandor de trofeo de una empresa de dominación” (Ciorán, 1991, p. 76), conquista o colonización resguardada y avalada por los textos y documentos que protege por la diosa Historia en su castillo del Espíritu.

Fantástica contradicción en el propio camuflaje de los ídolos, hombres con piel de cordero; y la humanidad con un solo ojo, incapaz de ver. Hernán Cortes justificaba (como cabeza de turco de eruditos con sotana o corona que hacían y deshacían sin moverse del viejo mundo) la destrucción del imperio Azteca como la liberación de un pueblo de sus propias prácticas religiosas (sacrificios al dios Huichilobos). Se buscaba la ‘gran-dios-idad’ de la dominación, el derrocamiento y la investidura del mismo dios, el cambio del dolor particular por el sufrimiento general. A la doctrina de San Agustín pertenece, por lo demás, la idea de que ‘el señor’ gobierna la historia mediante el sufrimiento. Dominación y sufrimiento están en el centro de su imagen de la diosa Historia, como fuerzas preponderantemente positivas y creadoras o, como mínimo, como algo necesario. Pero lo más deslumbrante es que esta noción de la Historia como ‘suma de sufrimientos’ (más o menos sacrificados) es algo asombrosamente compartido por ideologías y mentalidades de lo más dispares, desde la escolástica agustiniana hasta Hegel, y que el criterio de felicidad no sea un criterio pertinente para evaluar los hechos de la Historia se desprende del mismo componente histórico de la dominación, ya que el ‘hacedor’ de la historia también será un sujeto hipotecado, sacrificado por el dios de turno, nunca asentado en valores terrenales.

El concepto de espíritu universal –defendió Theodor W. Adorno– secularizó el principio de la omnipotencia divina en el principio unificador, el plan del mundo en un acontecer implacable. El espíritu universal disfruta de la veneración que correspondió a la divinidad, despojada en él de su personalidad y de todos sus atributos de providencia y gracia. El espíritu desdemonizado y conservado se acopla al mito o retrocede hasta convertirse en el terror sagrado, ante lo que es “tan gigantescamente superior como amorfo”.

No querría Hegel introducir la idea de sacrificio bajo la forma ciega de la conexión mítica, pero pidió para él y para su necesidad tan ciego acatamiento que el ídolo que parecía querer dejar de serlo se vio forzado a renovar su condición por el poder del acto de la ofrenda. El mito se resiste a abandonarnos porque está en la condición básica del conocimiento del mundo humano, en la propia concepción metafórica cotidiana, en la arquitectura básica del lenguaje.

Una vez presentes los oscuros molinos de William Blake (“Dark satanic mills”), y el consiguiente esclavismo que los sostiene, apoyados, cómo no, en la

euforia de la ciencia y la tecnología, no será suficiente con plantear el derrocamiento de esta ‘mecanización del hombre’ por medio de nuevos sacrificios para entrar en un proceso infinito de lucha de clases, sino que habrá también que establecer las bases de un nuevo proyecto, un modelo más austero, equitativo y eco-lógico, no más racional pero si más razonable. La nueva moral, ya desde antaño esgrimida por la revolución romántica, y después asediada por Dostoievsky y Nietzsche, podría acarrear un nuevo sentido de sostenibilidad y equilibrio, un ying-yang oportuno, sin concesiones, raudo.

El primer paso hacia la reacción se da en el mismo seno de la propia Revolución Industrial. Marx, horrorizado con las prácticas de las empresas (algunas utilizaban niños pequeños para limpiar las chimeneas más altas) desarrolla *El capital* en el mismo corazón de Londres. Hoy día, como bien explica Luis Racionero, después incluso de una segunda revolución industrial, la revolución cibernética automatiza las fábricas creando una cifras de paro espectaculares; para mantener empleados a los trabajadores desplazados por la mecanización computerizada “el actual sistema económico adopta la posición absurda de crear nuevos artículos superfluos e inútiles, modas absurdas que se abandonan en cuanto llega la siguiente” (Racionero, 1989, p. 54).

La solución no está en echar más leña al fogón (que por cierto, ya amenaza con calentarse demasiado) sino en optimizar el calor resultante mediante una mejor redistribución y aprovechamiento del mismo, sin acelerar el proceso industrial suicida (mediante un eficiente sistema fiscal redistributivo). Se trata de castigar el consumo conspicuo y la ignorancia supina.

Herman Hesse comprende muy bien que el cambio social requerido por un nuevo modelo de circunstancias se basa en una dialéctica individuo-sociedad, y la asignación de prioridades opta por trabajar en la transformación individual, si deseamos tener otra vez mentes y hombres capaces de asegurar nuestro futuro no debemos empezar por el final, con reformas de gobierno y métodos políticos, sino más bien por el principio, es decir, en la construcción de personalidades. No es suficiente una reforma de las características ejecutivas, legales y distributivas, sino que se precisa un cambio en la total imagen y conocimiento del mundo, en su sentido. Y el sentido lo dan los valores, los ideales... los ídolos, resistentes desde el ocaso.

Esta nueva religión politeísta (o politeísmo antropológico) es apreciable en todas las parcelas y resquicios de la vida: el arte confundido con una cáscara de plátano en el aire, la literatura digitalizada, el deporte como género de poder económico (y político) absoluto, el cine como un corralillo de viejas perfumadas repartiéndose el pastel, la política como una carrera hacia el poder sin otro fin que

éste mismo, la empresa reduciendo a cenizas los pocos recursos naturales que nos quedan hasta contaminar la economía, la moda como el arte de diseñar caprichos ininteligibles... La diosa Tecnología les cubre las espaldas, pues por medio de ella se justifica este Olimpo: la televisión y los medios de propagación de masas (*mass media*, redes sociales, Internet, prensa...) protegen el santuario; la Incultura, la Comodidad, la Apariencia, el Bienestar... todos ellos son sus guardianes. De este modo, el modelo de progreso tecnológico se resguarda a sí mismo, pues mediante sus propios medios o cauces justifica sus fines, o, mejor dicho, anula cualquier otra posibilidad, por tanto, es cerrado y totalitario. Se protege ante cualquier enemigo externo.

“Tal cual es, occidente no subsistirá indefinidamente: se prepara para su fin, no sin conocer un periodo de sorpresas...Pensemos en lo que ocurrió entre los siglos V y X. Una crisis mucho más grave le espera; otro estilo se dibujará, [...] Por el momento afrontemos el caos. La mayoría ya se resigna a él. Invocando a la historia con la idea de sucumbir a ella, abdicando en nombre del futuro, sueñan, por necesidad de esperar contra sí mismos, con verse remozados, pisoteados ,salvados...un sentimiento semejante había llevado a la Antigüedad a ese suicidio que era la promesa cristiana.” (Ciorán, 1991, p. 26).

La perpetuación del sacrificio demuestra que los dioses cambian de nombre pero no de condiciones, su función es la misma, su poder prevalece, su huella en lo terrenal es igual de destructiva, en palabras de Ferlosio: “los mismos perros rabiosos con distintos aunque no menos ensangrentados collares” (Ferlosio, 1986, p. 65). Si esta aceleración de lo tecnológico-productivo en pos de una tercera industrialización instalada en un consumo absolutista de masas ‘antiepistemológicas’ pagando tributo a la Apariencia y al Prestigio como dioses irrefutables no es detenida por un cambio de paradigma cultural, podrá ser incluso más dañina que todo lo acontecido hasta el momento dentro de la corrompida Historia de la humanidad (subvencionada por las arcas de los ricos y los poderosos). “Se puede prever que el miedo a nosotros mismos, resultado de un miedo más general, constituirá el principio de la educación, el principio de las pedagogías futuras” (Ciorán, 1991, p. 151).

No es posible defenderse demasiado tiempo de las garras de un profeta, ese ‘poseído’ rufián de lengua fina que irrumpe en las casas y hogares, bien sea a través de las ondas o llamando al timbre con un librito en la mano: “sátiro de vuestra soledad, no os perdona el vivir más acá de sus verdades y sus arrebatos; quiere haceros compartir su histeria, su bien, imponéroslo y desfiguraros”(Ciorán, 1991, p. 151) ¡Y qué difícil resulta ser persona íntegra! El deseo se mezcla con

morbo y corrupción, nos acechan ídolos de usar y tirar por todas partes que se extienden como una plaga, “no hay ser más peligroso que el que ha sufrido por una creencia” (Ciorán, 1991, p.64).

El dios Futuro se ha convertido en el ‘nuevo opio del pueblo’, contamina todo el presente, se procrea con la vieja Técnica y da origen a un ser mitológico, un héroe de cánticos populares: el dios Progreso, que se alimenta de naturaleza y la deja yerma. Su altar es de un color rojo intenso, ya casi oscuro, los sacerdotes de la Ignorancia guardan su poder en una cripta, incluso se alimentan de aficiones vacuas, ‘hobbies’ que consiguen escudriñar la mayor parte de la sociedad, pasatiempos que sólo sirven para eso, para perder el tiempo, “nuestro vacío, en el que se amontonan artes y religiones dispares, llama ídolos de todas partes, ya que los nuestros están demasiados caducos como para seguir velando por nosotros” (Ciorán, 1991, p. 81). Urge una trasmigración de valores, ya una vez abanderada por Nietzsche, pues el actual Olimpo ya no puede dar respuesta a la nueva demanda social, la realidad inutiliza los antiguos ídolos. La propuesta técnico-productiva-industrial no sólo no puede solucionar los problemas, sino que ella misma se ha convertido en tal. “Llevados al crepúsculo, a los últimos días del Albur..., contemplemos nuestros dioses a la deriva: valían lo mismo que nosotros, los pobres. Quizá les sobreviviremos, quizá volverán disminuidos, disfrazados, furtivos...” (Ciorán, 1991, p. 83). De la resurrección del espíritu como conciencia colectiva pudiera surgir un ave Fénix manchado de ceniza. No es fácil descubrir a un dios disfrazado de ídolo; con nuestra obsesión del progreso y de la no regresión, admitimos implícitamente que el mal cambia, sea que disminuye o que aumenta. La identidad del mundo consigo mismo, la idea de que está condenado a ser lo que es, que el futuro no añadirá nada especial a los datos existentes, esta hermosa idea no tiene ya vigencia; es que precisamente el futuro, objeto de esperanza o de horror, es nuestro verdadero lugar; lo es todo para nosotros. El dios Futuro es quien alumbra, pero más allá de la luz de una linterna existen una posibilidad de mundos infinita por descubrir, por crear, por vislumbrar, de la oscuridad pueden emanar nuevos sentidos.

Lo vigente ha quedado podrido, se descompone en un ser humano degenerado en la comodidad, la especialización (que evita una comprensión general) y el egoísmo. La diosa Apariencia también reclama su parte, requiere sacrificio y ostentación, en forma de Prestigio social, monopolizado absurdamente por lo material y su imagen. El pensamiento actual sobre la importancia del Prestigio en el quehacer humano sigue los pasos de Thorstein Veblen, cuyo clásico *Teoría de la clase ociosa* no ha perdido un ápice de su atractivo como comentario mordaz sobre los puntos flacos del consumismo. Señalando la frecuencia con que los consumidores corrientes intentan emular el intercambio, la exhibición e incluso



la destrucción de bienes y servicios de lujo de los miembros de las clases sociales superiores, Veblen acuñó la expresión de 'consumo conspicuo'. A las agencias de publicidad y a sus clientes les ha venido muy bien, pues, en palabras de Marvin Harris, "han integrado este concepto en estrategias para la venta de emplazamientos prestigiosos para edificios de oficinas y residencias, Maseratis de producción limitada, trajes de alta costura y vino y alimentos selectos" (Harris, 1993, p. 22).

La concepción proyectiva o progresiva de la historia se puede definir como aquella en que hechos y acciones son siempre ponderados en función ya de aquello que subjetivamente se cree que pretendían, ya de lo que efectivamente se estima que alcanzaron. Incluso algunos elementos de esta concepción son apreciables en la vida particular y doméstica. "Pero ya en este terreno individual aparece toda una gradación de los distintos componentes de un designio; quiero decir que ya en algo tan conveniente y tan sensato como el proyecto de hacerse una casa, puede entrar un mayor o menor suplemento de gastos y fatigas –he aquí los sacrificios, añadido yo– destinado exclusivamente a satisfacer impulsos antagónicos de emulación con el vecino" (Veblen, 1965, p. 82). Ese es lujo ostentatorio que Veblen supo ver como sustitutivo de la dominación, hoy propagado por la mal llamada 'caja tonta', pues más que una caja sería una fábrica de susodichos.

Tampoco la comunicación y el lenguaje están exentos de este dominio de la religión científico-técnica, pues este ídolo responde a las características de una plaga o un virus sobre todo en relación a su contagio y supervivencia: no existe país desarrollado que no haya caído bajo las garras de la capitalización. Habermas lo define de manera exacta y concisa según nos tiene acostumbrados: "La conciencia positivista imperante abole el sistema de referencia de la interacción en el medio del lenguaje ordinario, sistema en el que el dominio y la ideología surgen bajo las condiciones de una distorsión de la comunicación" (Habermas, 1984, p. 37). Efectivamente, una sociedad industrializada actuará como un todo homogéneo según si sus 'conductos de información' o 'canales' gozan o no de buena salud. Con el crecimiento de las ciudades y de los grupos secundarios con intereses especializados, así como de las posibilidades tecnológicas de comunicación, han aparecido nuevas actitudes y valores, en palabras de K. Young, "ha aumentado la movilidad de las relaciones, y las dependencias y la movilidad personal cara a cara han sido sustituidas por la impersonalidad, la cortesía y la superficialidad de los contactos e intereses" (Young, 1988, p. 78). El abanico se ha abierto tanto que nos perdemos ante tantas posibilidades y actuamos como un naufrago a la deriva, agarrándose al primer madero que encuentra. Pero esta vez la inercia nos aleja de la costa, del territorio humanizado, de los límites de lo conocido.

Los medios de comunicación y propagación de información para masas lanzan sus anzuelos entre un mar de dudas. La opinión pública se vuelve algo maleable, moldeable, interesado, partidista. Como resultado de estas formas tan indirectas y abstractas de comunicación y poder han surgido nuevas dificultades en el proceso democrático, en la elaboración de opiniones, y en la medida de actuación común (política-sociedad-cultura), “cada uno de nosotros, como persona, no puede cubrir el área total de sus intereses. Tenemos que depender de fuentes secundarias de información e interpretación” (Young, 1988, p. 23) y de la capacidad intelectual de los que las controlan, de sus ideales y de sus dioses. Se alza, por tanto, la bandera roja cuando se advierte que la incomunicación y la marea anuncian temporal, cuando las oscuras corrientes de opinión no poseen base real, cuando las masas se rebelan contra la cultura y el saber, cuando el humano, ante la inmensidad de posibilidades, no sabe crearse a sí mismo, no puede dirigir su propio proyecto.

En la metamorfosis histórica la necesidad técnica material se fue tornando en ideología técnico-política, para lo cual influyeron diversos factores. Según Marcuse, en su crítica al falso avalorismo de Max Weber, el concepto de razón técnica es en sí mismo ideología. No solo su aplicación sino que ya la técnica misma es dominio sobre la naturaleza y sobre los hombres: un dominio metódico, científico, calculado y calculante. No es que determinados fines e intereses sólo se advengan a la técnica a posteriori y desde fuera, sino que entran ya en la construcción del mismo aparato técnico. La técnica es en cada paso un proyecto histórico social; en el se proyecta lo que una sociedad y los intereses en ella dominantes (valores, ídolos) tienen el propósito de hacer con los hombres y con las cosas.

El dominio, en las sociedades capitalistas industriales, tiende a perder (aparentemente) su carácter explotador y represor y a tornarse ‘racional’ (diosa Razón), sin que por ello desaparezca el verdadero dominio político-social, pues ahora se basa en el interés de todos por mantener el aparato en su conjunto y ampliarlo, por universalizar el ‘por ahora Bienestar’ y la ‘de momento Comodidad’, con la apoplejía cultural como efecto secundario o, en palabras de Freud, una sociedad traumatizada.

Para dominar la naturaleza se precisan seres humanos. Queda, por tanto, vinculada, la dominación del medio natural con la del medio humano o fuerza productiva. La naturaleza, traducida y dominada por la ciencia, vuelve a aparecer siempre en el aparato de producción y de destrucción que mantiene esta forma de vida contemporánea. Así, la jerarquía ‘racional’ se fusiona con la social. Hemos, por tanto, confundido al dios Praxis (lo práctico) con el dios Tecnos (técnica), de la

misma forma que a veces se confunde a la artesanía con el arte. De los fundamentos adaptativos básicos se pasa a la idolatría como fruto del enroque mental y cosmogónico.

Habermas concibió el segundo paso: "Ciertamente que Marx consideró el problema de hacer la historia con voluntad y conciencia como la tarea de una dominación práctica de los procesos de evolución social, incontrolados hasta ese momento. Pero otros lo han entendido como una tarea técnica. Quieren poner bajo control a la sociedad de la misma forma que a la naturaleza, es decir, reconstruyéndola según el modelo de los sistemas autorregulados de la acción racional con respecto a fines y del comportamiento evolutivo" (Habermas, 1984. p. 37). Una vez vinculada la técnica con una mal entendida práctica sociopolítica (realidad humana) como quehacer humano, la única salida es la invención de nuevas formas de concepción del 'por hacer' humano, nuevos modelos no organizados según la inercia de los mercados, en los que se pongan en práctica los conocimientos conquistados para optimizar el aprovechamiento y reparto de los productos y materias primas. Es previsible que también se desarrollen nuevas formas de control en ese dominio de lo técnico sobre lo humano, sólo hay que hojear la lista de Herman Kahn para los próximos cincuenta años que resalta que a nuevos descubrimientos técnicos, nuevas formas de afianzarlos y nuevas formas, por tanto, de dominio de lo particular o local sobre lo público o universal, reduccionismos para sustento de privilegios y egos que apuntan a un suicidio colectivo. "Aun cuando fuera realizable el sueño cibernético de una autoestabilización cuasiinstintual, el sistema de valores tendría que haberse reducido para entonces a las reglas de maxificación del poder y del bienestar y al equivalente del valor biológico básico de la supervivencia a cualquier precio, a la ultraestabilidad" (Racionero, 1989, p. 34). La especie humana se ve así desafiada por las consecuencias socioculturales no planificadas del progreso técnico mismo, no sólo a conjurar como ya lo ha hecho su destino social, sino también a aprender a dominarlo. Pero a este desafío de la técnica no podemos hacerle frente únicamente con la técnica. Lo que hay que hacer, más bien, es poner en marcha una discusión políticamente eficaz que logre situar en relación de forma racionalmente vinculante el potencial social de saber y poder técnicos con nuestro saber y querer práctico.

La sacralización de la muerte, su transfiguración en sacrificio, es la peor forma de capitalización. Los sacrificados son la inversión y el aval al mismo tiempo. La subsunción de la carne (mano de obra, carne fresca) está incluida en el precio, todo se vuelve mercado. Las masas se agolpan en los centros comerciales para rezar, para encomendarse al nuevo dios Progreso. El precio que habrá que pagar es todo el capital disponible, todo lo que nos rodea, incluso lo no cuantificable. En los

nuevos designios divinos no hay cabida para otra vida (gracias al futuro no habrá futuro), los mandamientos propagados por el dios Progreso inducen a una teleología de la ausencia, la nada amenaza con volver, sólo la huella resistirá, aunque tampoco eternamente... Aunque no todo está perdido, todavía no, el hombre rebelde de Camus opone 'lo que es preferible a lo que no lo es', el templo de los dioses tiembla ante el hacha nietzscheana, tengamos fe en la sabiduría y empezarán a caer sus columnas... Señalemos al progreso como futuro desastre y desaparecerán sus fieles... Identifiquemos al sacrificio como lo absurdo y los dioses perecerán de hambre, aunque no es fácil destruir un ídolo, "requiere tanto tiempo como el que se precisa para promoverlo y adorarlo. Pues no basta con aniquilar su símbolo material, lo que es sencillo, sino también sus raíces en el alma" (Ciorán, 1991, p. 13).

La contradicción asalta la lógica cotidiana: para limitarse a disfrutar y no sacrificarse hay que sacrificarse y no limitarse a disfrutar. Éste y no otro es el verdadero desafío, en la cuenta atrás solo hay una salida, y es parar el tiempo, nuestro tiempo, nuestro proyecto.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- CIORÁN, E. M. (1991): *Adiós a la filosofía y otros textos*. Barcelona: Ariel.
- HABERMAS, J. (1984): *Ciencia y técnica como "ideología"*. Madrid: Tecnos.
- HARRIS, M. (1993): *Jefes, cabecillas, abusones*. Madrid: Alianza.
- MARCUSE, H. (1983): *Eros y la civilización*. Madrid: Sarpe.
- RACIONERO, L. (1989): *Filosofías del underground*. Madrid: M. E. Editores.
- SANCHEZ FERLOSIO, R. (2002): *Mientras no cambien los dioses, nada ha cambiado*. Madrid: Destino.
- VEBLEN, TH. (1899): *Teoría de la clase ociosa: estudio económico de las instituciones*. México: Fondo de cultura económica.
- YOUNG, K. (1999): *La opinión pública y la propaganda*. México: Paidós.